

PQ6554

P3

P4

Es propiedad del autor.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I

ENTONCES no era mi pueblo la mitad de lo que es hoy. Componíanle cuatro barriadas de mala muerte, bastante separadas entre sí, y la mejor de sus casas era la de mi padre, con ser muy vieja y destartalada. Pero al cabo tenía dos balcones, ancho soportal, huerta al costado, pozo y lavadero en la corralada, y hasta su poco de escudo blasonado en la fachada principal. Nunca pude darme cuenta de lo que venían á representar aquellos monigotes carcomidos y polvorientos; pero mi padre, que afirmaba haberlos alcanzado en su pristina forma, me aseguró muchas veces que eran unas *abarcas*, al modo de las del país, es decir, almadreñas, y el busto de un gran señor con barbas y capisayo, y que todo aquel conjunto era como jeroglífico que significaba, en castellano corriente, *Sancho Abarca*, del cual

descendíamos los Sánchez de mi familia. Parecíame ingeniosa y hasta agradable la interpretación, y aceptábala sin meterme en nuevas investigaciones, no tanto porque así complacía á mi padre, que se pagaba mucho de estas cosas, cuanto por lo que de ellas se morfaban los Garcías contiguos, gentes ordinarias que nos miraban por encima del hombro, porque contribuían por lo territorial algo más que nosotros, y nunca salían del ayuntamiento.

La verdad es que la hacienda de mi padre y el pelaje de su media levita no eran cosa mayor para echar grandes roncás á sus convecinos, toscos labradores, pero pobres felices, que tenían en mayor estima un pedazo de borona que los mejores timbres de nobleza esculpídos en un sillar ruinoso.

Pobres felices dije, puesto que no es desgraciado, por el mero hecho de no ser rico, el hombre que no tiene necesidad de ocultar su pobreza á los demás, que como pobre vive y trabaja, y para pobres educa á sus hijos. Desgraciado es el pobre que, por respetos humanos, necesita andar en hábitos y holganzas de rico, para sostener el prestigio de un *don* de bambolla que heredó de sus mayores, como censo irredimible.

Mucho de esto acontecía en mi casa. Éra-

mos cuatro hermanos (tres hembras y yo). Para mantenernos á todos *de señores*, sólo contaba mi padre con cinco mil escasos reales que venían á producirle, en especie y en dinero, las tierras y ganados de su pertenencia, parte administrados por él, y parte dado á renta y aparcería, más otros dos mil, no completos, procedentes de una carga de justicia, tan pronto reconocida como puesta en tela de juicio por el Gobierno; por lo que se llevaba la mitad de su producto este incesante trabajo de sostener un derecho que jamás llegaba á ponerse enteramente claro.

Mis tres hermanas eran garridas mozas, bien afamadas de tales; pero como eran *señoras pobres*, se veían y se deseaban para acomodarse, pues se juzgaban demasiado altas para bajarse hasta los mocetones del lugar, y las tenían en poco los galanes ricos de las intermediaciones.

Al fin, partiendo la diferencia, acomodóse la mayor con un *jándalo* hacendoso que la conoció en una romería, no sin grandes repugnancias de mi padre, que tasaba el lustre de su alcurnia en mucho más; y ya transigente una vez en punto tan espinoso, casáronse las otras dos al año siguiente, con un arbitrista bien redondeado y con un procurador del partido, mozo de porvenir en la ca-

rrera, según informes de toda la curia del juzgado, sin que faltara el respetabilísimo y fehaciente de su Señoría.

Yo era el menor de los hijos de mi padre, y en mí tenía éste puestos los cinco sentidos, no solamente por ser el Benjamín de la casa, sino por mi calidad de varón, llamado, por ende, á conservar el apellido de familia, de lo cual se pagaba mucho el candoroso autor de mis días, ni más ni menos que si los Sánchez no abundasen en el mundo, ó hubiera en la rama directa de los de mi casta alguna particularidad eminente que valiera la pena de irse esculpiendo en la memoria de las sucesivas generaciones de mi familia, ó no pudiera ni debiera endosarse á cualquier otro Sánchez de los muchos que había en el lugar, ó al primero con quien se topase al revolver la esquina, á faltas de otro mejor.

Con haberse aliviado mi padre del peso de mis hermanas (que no llevaron otra dote que las que debían á la naturaleza, y la parte ideal que les correspondía de los preclaros timbres del apellido), vime yo en casa más regalado y mejor vestido que antes; y hasta anduvo mi padre en tentaciones de darme una carrera literaria, aun á costa de someterse él á mayores y nuevas angosturas en lo de pura necesidad para la vida; pero, echa-

das bien las cuentas, no alcanzaban á tanto sus haberes, ni á mucho menos; y tras de que ello era poco, pidióse por entonces una nueva revisión de la desdichada carga de justicia, con lo que nos faltó también este importantísimo recurso.

Contaba yo á la sazón doce años bien cumplidos, y sabía cuanto podía aprenderse en la escuela del lugar, regida por un maestro del antiguo sistema; pero, afortunadamente, por ser yo hijo de quien era, amén de gozar gran fama de listo y amañado para todo, cogíome por su cuenta el párroco, no bien me dejó de la suya el pedagogo, y me enseñó casi todo el latín que él sabía, con algunas cosas más, que, aunque no muy nuevas, no eran malas, con lo que dicho queda que eran útiles. De este modo, y con leer á menudo la *Clarisa Harlowe*, *El hombre feliz* y el *Quijote*, que andaban algo empolvados en la alacena que en mi casa hacía las veces de librería, cobré señalada afición á la amena literatura, y comencé á abandonar mis hasta entonces ordinarios entretenimientos con los muchachos de mi edad, toscos motilonos en quienes no entraba la gramática ni á puñetazos, y el catecismo á duras penas; no por falta de entendimiento seguramente, sino por la índole grosera de sus obligaciones ineludi-

bles, mal avenidas siempre con toda clase de perfiles escolares.

Como, demás de esto, era yo, por naturaleza, blanco de color, pulido de facciones y bien contorneado de miembros (lo cual era el orgullo de mi padre, pues me creía cortado por la mano de Dios para ser un caballero), creyéronme, á lo mejor, enfatuado por tales prendas mis rústicos camaradas; dieron en mirarme recelosos, y concluí por separarme de ellos y por hacer vida aparte, sin gran esfuerzo, aunque bien sabe Dios cuánto me gustó siempre tocar las campanas á vísperas los domingos y fiestas de guardar, y al mediodía casi todos los de la semana; *acechar* nidos, jugar á la cachurra, coger *mayuetas*, ó fresas silvestres, en el monte; saltar las huertas; apedrear los nogales; calar la *sereña* en la cercana costa; hacer, en fin, cuanto hacer pudiera el más ágil, más duro y más revoltoso muchacho de mi lugar.

No por el nuevo rumbo que tomaban mis ideas llegaron éstas á volar tan alto que traspusieran las cumbres de los montes, entre los cuales y la costa, que por el lado opuesto me cerraba la salida, se desparramaba el pueblo, señor de un reducidísimo valle tapizado de verdor perenne, eterno jardín con callejos por sendas y manchas sombrías de espesos

robledales, olorosos limoneros y laberintos de zarzas y madreSelva. En aquella fragante hondonada yacía desde que el mundo era mundo, al decir de mis viejos convecinos, tan resignado á su pobreza y tan satisfecho con ella, que ni siquiera se tomaba el trabajo de estirarse un poco hasta plantar una casa sobre la loma del Poniente para ver desde allí la mar que le pertenecía, y hacerse cargo de la hermosa y abrigada playa con que lindaba por aquella parte su término municipal. Un solo edificio parecía acometido de aquella mala tentación, pues se le veía arrastrándose cuesta arriba en dirección al mar, pero sin llegar á columbrarle, ni con la monterilla de la chimenea. Dijérase que, arrepentido de su temeridad á medio camino, se había quedado allí despatarrado y sin ánimos para volverse atrás, estribando en los pedruscos calcáreos de una pradera, y con la espalda guardada por un castañal frondoso. De los muchos años que llevaba en aquella actitud violenta é indecisa, eran irrevocable testimonio las yedras que le ceñían por un lado y le estrujaban hasta el punto de haber reducido á escombros entre sus brazos temibles, medio hastial del Oeste y el correspondiente alero del tejado. El tal edificio, mejor conservado por las fachadas de Este y Mediodía, era grande y te-

nía cierto aspecto señorial. Perteneía, con las tierras que le circundaban y otras muchas desparramadas en las mieses del pueblo, á la casa del Infantado, bienes que administraban en mi lugar los ya citados Garcías: aquellos Garcías que se mofaban del escudo de armas de mi familia, y nunca salían del ayuntamiento.

Comunicábase el pueblo con los inmediatos por unas malas camberas, verdaderos caminos de cabras, donde sólo podían andar los pesados rodales y las cabalgaduras del país; así es que ver en aquellas callejas un jinete forastero ó un carro entoldado con gente desconocida amontonada en el colchón de la pértiga, acontecimientos eran que ponían de punta la curiosidad de todo el vecindario, el cual no sosegaba hasta averiguar quiénes eran, de dónde venían y adónde se encaminaban.

Del movimiento y del hervor del mundo, sólo llegaba á la apacible y grata soledad aquélla lo que cabía en un periódico hartos serio y formalote, que pagaban á medias el párroco y mi padre, en el cual periódico se leían las noticias de Madrid, la reseña de una sesión de Cortes borrascosa, los temores de un cambio ministerial, ó las sospechas de un pronunciamiento, con la estóica tranquilidad, no

exenta por eso de cierto asombro, con que hoy nos enteramos de lo que acontece en el corazón de la China ó en las cumbres del Himalaya.

Fuera de los muchachos que había en el ejército ó en las tabernas de Sevilla, ganando un puñado de duros para volver hechos unos jándalos al pueblo (y no pasarían de cuatro entre unos y otros), ningún hijo de él andaba apartado de sus términos más allá de tres leguas, y eso para ir al mercado ó á la feria ó al molino, de modo que sin el periódico de mi padre y del señor cura, y sin las tardías cartas de los cuatro ausentes, la estafeta del lugar hubiera sido innecesaria.

¡Y cuántos pueblos había en la provincia en igual estado de patriarcal inocencia que el mío entonces, y aun muchos años después!... hasta que, de repente y como por reflujo de lejana tempestad, allanáronse los montes, alzáronse los barrancos, taladráronse las rocas, y llegó el bufido de la locomotora á confundirse con el bramar de las olas al estrellarse en la antes desierta y ociosa playa; el firme, llano y placentero arrecife sustituyó al áspero callejón, y el sonoro cascabeleo de los coches de colleras, al lento tintinar de los cencerillos de la mansa yunta; descubrióse por las gentes cultas de Madrid que no se po-

día vivir ya sin los aires campestres y las aguas salobres de las costas del Norte en verano; invadiéronnos aquéllas y otras tales en alegre y regocijado tumulto; huyó de las arboledas el pastoril y rústico caramillo, y las vírgenes comarcas sometieron al imperio del invasor trashumante, que, sin imprimirles la cultura de que él alardea, les quitó, con la tranquilidad que era su mayor bien, cuanto de pintoresco y atractivo conservaban: el amor á sus costumbres indígenas, el color de localidad, el sello de raza.

No voy por este camino á acometer la harta desacreditada empresa de discurrir sobre las ventajas y desventajas de que se borren todas las fronteras y se reduzca la humanidad á un solo pueblo, regido por una sola ley: ¡en buen atolladero me metía!... La tal parrafada ha caído en el papel por sí sola, al venírseme á las mientes la increíble transformación obrada en el modo de ser de algunas comarcas del Norte, desde que yo era muchacho y aún se hallaba mi pueblo en el inocente y primitivo estado que tanto encarecía yo; y á este punto me vuelvo, pues quiero decir, porque debe tenerse en cuenta, que cuando me apuntó el bozo, y dí en mirarme al espejo, y en pagarme mucho de mi persona, y me tuvo el párroco por regularmente

instruído en letras humanas, ni por descuido me asaltó la tentación de ser ministro, ni siquiera diputado á Cortes, ni de meterme á periodista, ni á poeta dramático, ni á funcionario de la nación, aunque fuera de los de corto sueldo. Todas estas cosas y otras muchas más, estaban tan lejos de mi lugar, tan fuera del alcance de la máquina de mis pensamientos; tan limitado era el círculo de mis ideas; tan enclavado estaba en los angostos linderos del terruño nativo, que hubiera yo tomado á sueños febriles aquellas imaginaciones, si alguna vez se me hubieran metido entre los cascos.

Y no vaya á deducirse de aquí que, á pesar de las enseñanzas del párroco y de mis constantes lecturas de las mencionadas novelas y hasta de las que publicaba en su folletín el periódico de mi padre, estaba yo tan en barbecho como cualquiera de mis rústicos convecinos: nada de eso; para entonces ya escribía mis correspondientes versos á la luna, y al borrascoso mar, y á cuanto se me ponía por delante, y agotaba consonantes para llorar imaginadas amarguras y fingidos desengaños, y cansancios prematuros, mal, muy mal, por supuesto, aunque no me pareciera así; y hasta me ponía triste y llegaba á tomar mis pesadumbres por lo serio. ¡Pues

poco me dieron que hacer y que escribir los amores de Grisóstomo y los desdenes de Marcela! Lo cual me demuestra que el hombre, por sí, es tonto á cierta edad de la vida, sean cuales fueren los elementos que le rodeen; ó lo que es lo mismo, que los resabios peculiares á la naturaleza humana, pueden corregirse con la educación, pero no desarraigarse.

Volviendo al asunto, digo que cuando me ví bien trajeado, regularmente instruído, suelto de pluma y galán incipiente, todas mis ambiciones se cifraban en llegar á ser, *andando los años*, secretario del ayuntamiento, plaza que valía poco más de doscientos cincuenta ducados. Atrevíame también á pensar, pero sólo á pensar y á decírselo muy bajito á mi padre, que lo consideraba tan tentador y tan difícil como ganar un terno seco á la lotería de entonces; atrevíame, repito, á pensar en la administración de los mencionados bienes de la casa del Infantado, radicantes en el lugar: administración que andaba, desde tiempo inmemorial, en manos de los Garcías consabidos, y que no les produciría menos de onza y media cada año; la cual administración podía llegar á obtener yo, por influencias de mi cuñado el procurador con el juez de primera instancia, amigo particu-

lar del regente de la Audiencia del territorio, muy emparentado (el juez, no el territorio) con un sobrino del marqués del Perejil, pariente cercano del conde de la Chiribía; y así sucesivamente. Y teniendo yo un sueldo fijo de tres mil quinientos reales, más los cuatro terrones que algún día habían de pertenecerme, ya estaba mi comida asegurada; y teniendo asegurada la comida, buscaría en los contornos una señorita que trajera la cena; y en hallándola así, ¿quién me tosía en el mundo?

Así Dios me salve como no pasaban de aquí mis ambiciones, ni llegaban á tanto las de mi padre cuando trataba conmigo el delicado punto de «hacerme un hombre» sin salir de las fronteras de mi tierra nativa.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



II

Los Garcías se llamaban así, en plural, siguiendo una costumbre muy añeja en el pueblo, como se dice los Osunas y los Oñates, aludiendo más á la casta en general que á sus individuos en particular; costumbre que revela cierta importancia en la cosa nombrada, por no ser ésta casual y transitoria, sino de influjo permanente y extensa envergadura. Por lo demás, en el tiempo á que me refiero, no había en mi lugar más que un solo García, de los Garcías temibles y manducones; pero este García era alcalde casi perpetuo, y administrador de los consabidos bienes del Infantado; y administrador y alcalde había sido su padre, y alcalde y administrador su abuelo, y todos ellos mercadistas, ferieros y gente de mucha trapisonda: ninguno de ellos fué más malo que su antecesor, y todos adolecían de

los mismos achaques. De aquí la costumbre de nombrarlos á todos juntos aunque se tratara de uno solo.

Su no disimulada inquina á los Sánchez, también venía de padres á hijos, así como sus burlas y menosprecios. Y esto consistía, á mi entender, en la media levita de mi casta, hidalga aunque pobre distinción que inspiraba cierto respeto en el pueblo; el cual respeto jamás lograron conquistar ellos con sus interesadas y vejatorias demasías. Á pesar de ellas, no levantaba su casa un dedo más que la nuestra, ni en el pico del arca atesoraban mayores caudales que mi padre en su viejo y claveteado pupitre, ni sus ganados eran más copiosos ni más lucidos que los de mi casa, ni llegaba á cuarenta carros de tierra la diferencia que nos sacaban en fincas de labranza, aun contando á su favor las heredades que llevaban en arrendamiento de las mismas que administraban. Pero ¡ya se ve! eran los tales de cepa labradora, y ellos se lo guisaban y ellos se lo comían; y como con lo que cuestan una mala levita de paño fino y unas faldas de alepín de la reina y una hornada de pan de trigo, se compran cuatro chaquetas de paño pardo, seis refajos de estameña del Carmen y una carga de maíz, siempre andaban ellos más nuevos y galanes que nosotros, y

hasta, si se quiere, más hartos y satisfechos de estómago, y, por ende, más alegres y descansados; es decir, que, relativamente, vivían con mayor desahogo que nosotros, puesto que eran labriegos bien acomodados, al paso que los Sánchez éramos señores menesterosos. De aquí sus zumbas y menosprecios, y el andar mi padre muy retraído siempre y algo acoquinado, y sus hijos poco menos.

Pues de las garras de un enemigo tan temible había de sacar yo la plaza de secretario del ayuntamiento, cuando vacara, y la administración de los bienes de la casa del Infantado, cuando Dios quisiera. Hay que advertir además que mi padre no tenía en toda la provincia ni fuera de ella un apoyo que valiera dos cuartos. Los valedores de los hombres como mi padre, habían pasado para no volver, al decir de amigos y enemigos, al paso que los Garcías, como gentes activas en el nuevo curso de ideas y de sucesos en que iba entrando la sociedad más que de prisa, tenían, en primer lugar, á los Calderetas de la villa no lejana, familia en quien venía vinculándose la representación casi oficial, y sin casi omnímoda, de los altos poderes «de arriba» para cuanto en aquellas comarcas circundantes hubiera que cortar y que rajar, lo mismo en el orden político que en el admi-

nistrativo, y aun sospecho que en el judicial, en bien del Estado, se entiende, y con la mejor de las intenciones; siendo muy de tenerse en cuenta que en la tal familia había ramas de todos cojores, y hombres, por lo tanto, para todos los apuros; de modo que los Calderetas siempre estaban en candelero, y, por consiguiente, los Garcías de mi lugar. ¡Cómo demonios había de conseguir yo arrancar á éstos una administración que conservaban ellos tanto por cuestión de honra como por razón de provecho? Por eso dije antes que aunque la tal administración tentaba mucho á mi padre, la consideraba tan difícil de alcanzar como acertar un terno seco á la lotería primitiva, no obstante la intimidad de mi cuñado el procurador con el juez del partido; la de éste con el regente de la Audiencia del territorio; el parentesco del regente con el marqués del Perejil...

No por tan dificultoso reputaba yo lo de la secretaría, pues como ésta había de proveerse por todo el Ayuntamiento, tenía mi padre recursos propios para influir en la elección de concejales cuando llegara el caso, además de que en la casa de los Garcías no había por entonces ningún varón que sirviera para el cargo, á la sazón desempeñado por un hombre que á medida que envejecía iba apartándose

del sempiterno alcalde, que ya no podía verle. Era, pues, indudable que el cargo vacaría á la hora menos pensada, y no muy aventurado creer que al llegar el caso de proveerle, bien por medio de una lucha descarada ó por virtud de un acomodamiento entre mi padre y el alcalde, me llevaría yo la plaza.

Felizmente ni mi padre ni yo teníamos prisa. Había en casa qué comer; yo andaba bien trajeadito, y entretenía mis ocios, que eran muchos, ora leyendo los libros de la alacena y los folletines del periódico, ora persiguiendo las codornices en la mies, las liebres y las sordas en el monte y las ánades en la costa. Pasaba también algunas temporadas, muy breves, por no dejar solo á mi padre, con alguna de mis hermanas, especialmente la procuradora, en cuya casa no había los laberintos que en las de las otras; y éste mi cuñado, por la índole particular de sus ocupaciones, era de trato más atractivo para mí que el jándalo y el arbitrista, en quienes asomaban demasiado las costras del oficio, siendo muy de notarse que hasta sus mujeres se habían contaminado no poco de ellas, lo cual antes me complacía que me disgustaba; pues esa asimilación de las flaquezas de sus maridos les ahorra la pesadumbre mortal de conocerlas.

Entre tanto, rayaba yo en los diez y ocho,

y ¡asómbrense los imberbes de ahora, cansados de amar y de rodar por el mundo! aún no tenía pizca de novia, ni trabajaba para tenerla, ni me acordaba de ello, ni había salido dos leguas más allá de los términos de mi lugar; y ¡asómbrense más todavía! el andar mi padre á la sazón empeñado en llevarme á dar un vistazo á Santander, me traía sin hora de sosiego, indeciso y turulato, sin poder darme cuenta yo mismo de si aquella impresión rarísima, por lo profunda y cosquillosa, me alegraba ó me entristecía.

Llegó al fin el momento de decidirme, y, dos días después, el de sacar del fondo del baúl los trapitos de cristianar; meter, «por si acaso,» una muda de mi padre y otra mía en la maleta; colocarla en el arzón trasero de la vieja silla *de borrenes*, puesta ya sobre el hirsuto lomo del manso tordillo del cura; cabalgar de un salto, mientras mi padre, con sombrero de felpa, alto y bien armado corbatín de raso negro, larga levita verde-botella y botas de media caña, puesto el pie izquierdo en el estribo, pasaba con alguna dificultad su pierna derecha por encima de las vacías alforjas, atadas sobre la grupa de su peludo rocín, harto de roer los helechos de la sierra; dar un adiós de despedida á los curiosos que nos contemplaban, y salir del pueblo sacando lum-

bres de los morrillos de sus callejones con las herraduras de los jamelgos.

¡Válgame Dios, qué grande me parecía el mundo á medida que entraba yo en lo desconocido, y á una hondonada seguía una cumbre, y á la cumbre otra hondonada, y luego una sierra y después un valle, y otra vez la cumbre, y vuelta á la hondonada! ¡Qué variedad de contornos, de matices, de objetos, de luces y de horizontes! Aquí la aldehuela agazapada entre peñascos y robledales; allí el molino maquilero, debajo de una chopera, á la margen del río, manso y transparente, reflejando en sus aguas sus festones de laurel y zarzas, alisos y parras silvestre, y su puente de dislocados sillares, mal sostenidos por ligazones de compacta yedra; junto al fresco manantial encerrado en un arca de mohosos cantos, el solitario *humilladero*, obra de la piedad de un pueblo cristiano, si no de los remordimientos de un pecador arrepentido, pero reflejo siempre de una época de arraigada fe; sobre el camino que serpenteaba cuesta arriba, en lo alto de la sierra, un espeso cajigal con una ermita blanqueada: la ermita, para el santo patrono del lugar inmediato; el cajigal, para dar sombra á los romeros un día cada año. A cada paso algún signo de éstos, perenne testimonio de la fe de mis

conterráneos. Y nada más puesto en razón en un país donde no hay un detalle cuya belleza, bien observada, no sea un himno de alabanza á la bondad y á la grandeza de Dios.

.....
Y anda, anda, siempre una loma por delante, que me parecía la última, y al trasponerla, otra nueva más allá.

Al fin se acabaron las alturas; fuéase allanando el terreno; la senda áspera y tortuosa que seguíamos trocábase en sólida carretera, la carretera en ancha calzada, y los edificios próximos á ella iban perdiendo su aspecto rústico y aldeano, y enfilándose en ambas orillas. Del corralón de uno de ellos salió echando demonios el primer coche de colleras que yo había visto en mi vida. Volaba delante de nosotros entre nubes de polvo, gritos del mayoral, matraqueo del herraje y sonar de las cascabeleras de las caballerías. Perdióse pronto de vista al fin de la calzada; y siguiéndola nosotros, llegamos al camino real, anchísimo arrecife, blanco como la nieve y duro como una peña. Había allí un parador de mala muerte, y entramos en él á descansar un rato de las tres largas horas de jornada que llevábamos; tomamos un refrigerio, y ofrecimos otro á los rendidos bucéfalos, consistente en un maquilero de maíz por boca,

con la correspondiente paja, no de la fina de Castilla, pues algo tiraba, por lo negra y coereosa, al trigo de la tierra.

Media hora después volvíamos á cabalgar y enderezábamos el rumbo á Santander. No se tome á exageración; pero es lo cierto que me sentí nueva y penosamente impresionado al verme entre gentes extrañas por completo para mí. Entre gentes extrañas digo, porque á los pocos pasos de nuestra salida del mesón topamos con la villa principal de la comarca, patria y residencia de los Calderetas consabidos. Advirtiómelo así mi padre; y como la carretera pasaba rozando la parte principal de la villa, ví casas aparatosas, calles que se me antojaron enormes, y personas que, por el atavío, me parecieron de mucha cuenta. Algo me tentó la curiosidad, y muchas preguntas hice á mi padre y hasta le apunté el deseo de ver un poco «lo de adentro;» pero como íbamos en busca de cosa más grande, y lo restante del día no daba ya para muchas detenciones si habíamos de llegar con sol á la ciudad, contentéme con poner el rocín al paso mientras atravesábamos aquel contorno de la población, y observar lo que buena mente se nos metía por los ojos.

Dejada la villa un buen trecho á la espalda, comencé á sentir en los ojos, hechos á las

dulces entonaciones y suaves tintas de la agreste naturaleza, la blancura deslumbrante del camino real, cuyos trozos, como los anillos de una inmensa serpiente, columbraba á lo lejos, ya trepando la falda de una sierra, ya tendidos en la llanura de un valle, aspecto fatigoso, en verdad, para el que, como yo, estaba tan poco avezado á semejante monotonía, y llevaba encima la mejor ropa de su baúl, blanqueada ya por el corrosivo polvo que movían carros y viandantes de todas especies.

Lo de los carros me admiraba mucho, viéndolos en interminables hileras, todos entoldados, y tan arrimada la yunta del uno á la *rabera* del otro, que parecían eslabones de una larguísima cadena.

—Estos carros que tanto te llaman la atención—me dijo mi padre,—van de Reinosa, ó de Alar del Rey, cargados de harina, á Santander, donde se embarca para medio mundo: todos son montañeses que se dedican á ese tráfico. Las filas que pasan por nuestra derecha van de vacío. Cuando se haga el ferrocarril, que ahora se proyecta, entre Alar y Santander, concluirá esta carretería. ¡Gran beneficio para la agricultura, harto descuidada en las comarcas vecinas al camino real!

Pasó un coche muy grande con seis mulas, enganchadas de dos en dos.

—Eso es una diligencia—díjome mi padre,—que corre, en días alternos, entre la ciudad y la villa. La que va á Madrid desde Santander es enorme, y tiene más de doce bestias. Este río que llevamos á la izquierda—continuó—es el Besaya, reunido al Saja media legua más atrás. Luego volveremos á verle, aunque desde lejos, en su desembocadura.

Más adelante ví salir de entre un monte y una llanura verde, muchos mástiles de barcos. Asombréme. Sonrióse mi padre y me dijo:

—Es el puerto de Requejada. Aquí desemboca el río. Como la ría es angosta y tú y yo estamos lejos, desaparecen á nuestros ojos los cascos de los buques entre las dos orillas; pero mira más allá y la verás culebrear por la ribera, hasta perderse detrás de unos cerros. Verás luégo un pueblo sobre el más alto: pues es Suances. Allí está el verdadero puerto: San Martín de la Arena. Estos grandes edificios junto á los cuales vamos pasando, son almacenes para depositar el trigo de Castilla, que viene en carros, como la harina, y se embarca en esos buques cuyos mástiles te parecen salir del monte. También esto morirá cuando se haga el ferrocarril... si se hace.

De este modo seguimos caminando más de tres horas, durante las cuales anduvimos menos de cuatro leguas, pues las cabalgaduras no podían ya con el rabo, y á mí me dolían los talones de tanto machacar con ellos, inútilmente, los peludos ijares del tordillo. Aunque mi padre no cerraba boca diciéndome cómo se llamaba cada pueblo, cada sitio, cada venta que encontrábamos al pasar, mi atención llegó á dormirse por completo y mi cuerpo á no sentir otra cosa que un quebrantamiento muy grande en los riñones.

Al cabo, me dió en la nariz el tufillo de la mar; descubrieron mis ojos, siguiendo la dirección marcada por el índice de la diestra de mi padre, un trozo de bahía con medio bosque de mástiles; entramos bajo un toldo formado por gigantescos álamos, cargados sus troncos de verrugas, achaques de su vejez; y siguiendo aquella tenebrosa pero plácida senda, antes de un cuarto de hora llegamos á las puertas, como quien dice, de Santander, donde había un parador de mucha fama. Allí nos metimos con caballo y todo; allí descansé á mis anchas, y allí cenamos y dormimos, y de allí salimos al otro día, bien temprano, á dar el ofrecido vistazo á la ciudad, de la que sólo conocía hasta entonces los faroles del alumbrado, ó mejor dicho, el alumbrado

de los faroles contiguos al parador, el ruido insólito de la calle y el cantar dormilento y perezoso del sereno del barrio.

De casi toda aquella rápida inspección apenas me queda otro recuerdo que el de haberla hecho; ¡tan desorientado me encontraba yo y tan atropelladamente pasaban ante mis ojos puertas, establecimientos, encrucijadas y personas! Y yo creo que de esto tuvo más culpa que mi cortedad y atolondramiento de aldeano, el desmedido afán que había en mi padre de llamarme la atención hacia todo cuanto se nos ponía delante. No cesaba un punto el buen señor.—«Éste del sable es un policía... Mira esta casa ¡qué balconaje!... Repara esta tienda ¡qué riquezas contiene!... Cinco soldados juntos: son de infantería... Mira á la izquierda: la casa de Ayuntamiento... Mira á la derecha: la catedral... El muelle: ¡qué grandiosidad, qué palacios!... La bahía: parece un mar. Lo menos hay en ella quinientos barcos de *cruz*... Ésta es la pescadería: tápate las narices... Por debajo de este puente ¿le ves bien? se va á la plaza de la Verdura... Este señor de borlas en el bastón pudiera ser muy bien el Jefe político. Por si acaso, saludale como yo, pues nobleza obliga.» En fin, no cerraba boca.

Ocurriósele llevarme á oír la misa mayor.

de la catedral, y por esta ocurrencia sola no dije yo al comienzo del precedente párrafo que de toda aquella rápida inspección no me queda otro recuerdo que el de haberla hecho, sino de *casi toda*, porque es de saberse que aquella misa, que aquella hora pasada en la catedral, me dejó impresión tan honda, que no han logrado borrarla ni las peripecias más culminantes de mi vida.

Á un mozo de regular sentido le es fácil construir en su imaginación una ciudad, sin haber visto otra como ella; llenarla de tiendas aparatosas, de caballeros principales... y aun de lo que no existe sino en los cuentos maravillosos; cabe, en fin, hasta mejorar la realidad, y con frecuencia se observa este fenómeno en las gentes sencillas que han soñado mucho y han visto poco. Pero es imposible adivinar hasta dónde puede elevarse, cuánto puede sentir el espíritu humano excitado por el concurso de agentes externos, de los cuales no se tiene la menor idea. Yo me ví en este caso entonces. No me maravilló el templo con sus tres naves góticas, su coro bajo frente al altar mayor, su suelo de mármoles y sus capillas sombrías; pues si he de hablar con verdad, cosa más grande y más rica me había imaginado yo para una catedral de población tan renom-

brada é importante; pero comenzó la misa, y ya el ir y venir de los canónigos arrastrando las negras colas; el solemne y ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo á mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces. Después, á medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención, porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban, sin poder yo darme cuenta todavía de si aquel arrobamiento en que comenzaba á caer era solamente una inesperada excitación de más sentimientos religiosos en ocasión y sitio tan señalados, ó si en él influía también un exceso de curiosidad. Pero llegó un momento en que á las voces estentóreas de los sochantres, y á las atipladas de los niños de coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo é inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo y parecía estrellarse en in-

mensas oleadas contra los fustes, y saltar en ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas. Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y en derredor de mí; hundí la cabeza en el pecho; parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aéreos, y que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jeovah...; y LE ví, sí, LE ví flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las desvanecidas bóvedas del templo, y LE sentí en mi corazón y en mi conciencia, y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas, al ardor de la fe que también crecía en mi pecho; humillé mi cabeza... (creo que toqué con la frente el duro mármol en que se hincaban mis rodillas); negóse mi labio trémulo á pronunciar las plegarias que salían de mi corazón; brotaron mudas lágrimas de mis ojos; y al verme en presencia de Juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía, y envidié la obscuridad y bajeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra.

Doliente y quebrantado salí de aquel éxtasis extraño cuando el silencio volvió á reinar en el templo, y mi padre, después de plegar en tres dobleces el pañuelo de yerbas sobre el cual se había arrodillado, me tocó en el hombro para advertirme que era hora de marcharnos, pues se había concluído la misa y no quedábamos allí más que nosotros y cuatro viejas rezadoras.

—Parece que te ha gustado la solemnidad —me dijo al llegar á los claustros.— ¡Nunca te ví oír una misa con tanta devoción!

En toda mi vida he vuelto á sentir impresiones como aquéllas.

De vuelta para la posada, compró mi padre medio queso de bola, una docena de lechugas y dos bacaladas de *langueta*; comimos á las doce, cabalgamos á la una, después de meter las compras en las alforjas; y al cerrar la noche, quebrantados los cuerpos y dolorida mi cabeza de mirar cara á cara el sofocante sol de junio durante siete horas, nos apeábamos en la nativa aldea, debajo del balcón solariego.

A esto se llamaba entonces dar un vistazo á la ciudad. Ya he dicho que sólo traje á mi casa el recuerdo de haberla visto; recuerdo vago y confuso, como el de un sueño febril que en nada alteró las apacibles realidades de

mi vida en el angosto recinto de mi lugar. Ni un solo punto se extendió el horizonte de mis ambiciones en aquélla mi primera exploración del mundo.



III

PASARON años sin que yo volviera á salir de mi pueblo sino para hacer breves excursiones á algunos de los inmediatos, y pasó con ellos el tan temido riesgo de que la mala fortuna me llevara á ser soldado de la patria, ú obligara á mi padre á vender lo mejor de la hacienda para librarme de ello. Este feliz acontecimiento que me dejó dueño y señor de mi voluntad, causa fué de que los nunca dormidos intentos de aspirar á la secretaría, por de pronto, y á la administración en hora favorable, renacieran con nuevo calor en nuestras conversaciones, y hasta de que se pensara en llevar á vías de ejecución procedimientos tantas veces examinados y discutidos. Pero quiso el azar que en aquellos meses los ya casi rotos vínculos de unión entre el alcalde y el secretario volvieran á reanudarse por no sé qué fechoría administrativa de en-